

Erotismos Atuendos

ANDRÉS DE LUNA

16

Este País cultura

La mirada establece el diálogo entre lo que está permitido ver sin restricciones y lo que exige otras condiciones de intimidad. Una de las revoluciones del mundo europeo fue el diseño del botón en el siglo XIII, en plena Edad Media, lo cual significaba un avance sustancial en términos de comodidad e higiene. Antes las prendas se cosían en puños y cuello de tal modo que se trabajaba y se dormía con la misma indumentaria. Es obvio que el aseo era irrelevante ante esa condición que exigía el atuendo. Las prendas eran pesadas y burdas, con las telas en tonos crudos y la aspereza de los tejidos. El sexo se llevaba a cabo con las incomodidades del caso y con los vahos agresivos de un cuerpo sucio. En ese sentido, el botón facilitó las cosas, les otorgó la posibilidad del cambio de ropa y de una limpieza mayor. Los beneficios del invento fueron múltiples hasta que la iglesia de Roma protestó por considerar al artefacto sulfuroso. Eran los siglos XIV y XV. Se les asignó un uso exclusivo para las prostitutas. Traer estas piezas de madera o de hueso era un indicador de la profesión de quien los portaba. La diseñadora inglesa Vivienne Westwood, una iconoclasta por excelencia, creó en los años ochenta del siglo pasado una serie dedicada a Clint Eastwood. En ella se veían unos botones que tenían formas fálicas. Una especie de bofetón a quienes censuraron algo tan indispensable.

En otro tiempo los genitales se cubrieron con pieles de animales que formaban un taparrabos. Más allá del pudor estaba la defensa contra los posibles hechizos que afectarían a las

partes genésicas. También la Westwood entró en la escena rebelde con su colección "On Liberty", de 1994-1995, que incluía abrigos afelpados de piel sintética combinados con taparrabos para mujeres, insinuación clara en torno al vello púbico. Antes, la artista venezolana Marisol, en uno de sus diseños surrealistas, había pensado en un modelo de vestido que llevaba un triángulo piloso a la altura del pubis, como para mostrar lo que quedaba oculto y lejos de la mirada ajena.

Los atuendos han estado ligados en otro tiempo al concepto de higiene corporal. En el anónimo de la Inglaterra victoriana *Mi vida secreta* (Tusquets, Barcelona, 1978), el autor describe las prácticas que tenían las ayudantes de cámara, las camareras y demás, cuando iban los fines de semana a Hyde Park. Hacían paseos que incluían una canasta con comida y bebida y en el momento de alguna necesidad fisiológica era común que la realizaran al amparo de los árboles robustos del parque y de las enormes faldas y refajos que llevaban. Hasta ahí todo es convencional y libre de sobresaltos. Lo que sí resulta difícil de imaginar es que las mujeres emplearan sus propias ropas interiores para asearse. El papel higiénico estaba próximo a ser un producto popular, sólo que esta clase media era incapaz de comprar uno de esos voluminosos rollos de un material rasposo. Ellas preferían la caricia de sus enaguas para cumplir con ese tan cuestionable aseo.

En su libro *Pobre Bélgica* (Losada, Buenos Aires, 1999), Baudelaire hacía anotaciones que llaman la atención: "En una callejuela, seis damas belgas mean cerrando el paso, una de pie,

otras en cuclillas, todas muy bien vestidas. La limpieza de las mujeres belgas. Es difícil no sentir, incluso en la calle, el hedor de una dama belga, así como el de su hija". El autor de *Las flores del mal*, debe recordarse, era un hombre afecto a los olores fuertes o los tufos espesos. Le encantaba el pelo grasiento de su amada Jeanne Duval, y aun así reniega de la ausencia de aseo de las damas belgas, a quienes siempre llamó "meonas" porque era común encontrarlas en las calles en plena micción. Sus atuendos estaban en contrapunto con sus costumbres "bárbaras", hecho que habla, de algún modo, del carácter misógino que se desprendía de semejantes comentarios, pues los hombres eran los amos de orinarse en público y sin contemplación alguna.

En otro momento, en una crónica deportiva de la Olimpiada de Munich, en 1972, el comentarista alude a una larga sesión en el Estadio Olímpico. Las turistas de pronto se desplazaban a un área en la cual podía sentirse el viento del atardecer. Entonces el espectáculo era observar la variedad de colores de sus prendas interiores. Calzoncitos de todo tipo que se mostraban sin más ante la mirada masculina, diálogo que tenía la inocencia del instante. De hecho las minifaldas lograron que el secreto de las bragas se convirtiera en signo de rebeldía.

De las modestas y aburridas pantaletas de algodón blanco se circulaba ahora por la liviandad del nylon colorido. El atuendo suponía que se mostrarán esas prendas interiores sin que esto significara algo especial. Por otro lado, la actitud hippie con algunas faldas largas dejó al margen los calzones y los sostenes, que eran parte del espí-

ritu burgués y establecido. Por aquellos años de desafío, Brigitte Bardot concretó una imagen singular: trae unos jeans ajustados y debajo de los pantalones emergen unas braguitas casi infantiles. Era un trabajo del fotógrafo Ghislain Dussart para el libro que publicara Delacorte Press sobre Brigitte Bardot en 1975. Eso que estaba dentro se negaba a quedarse ahí, ahora salía a la superficie para que cada quien hiciera sus interpretaciones. El mismo fotógrafo hizo aquella imagen que hablaba de una prenda creada a finales de los sesenta: las pantimedias. Bardot aparecía con este complemento interior en negro. Estaba sentada con las piernas cruzadas y lo único que sobresalía era el triángulo a la altura del pubis que impedía ver el sexo de la actriz. Ya en los noventa del siglo pasado, Jean Paul Gaultier hizo un desfile singular en Saint-Tropez: se combinó la presentación de los modelos 1996 de Mercedes Benz, en sus versiones convertibles, con el diseño de unas pantimedias transparentes. Las muchachas descendían en las pequeñas glorietas de ese lugar de playa en Francia para mostrarse en su sensualidad extrema. Sus figuras quedaban dibujadas con el fino pincel de esos atuendos ajustadísimos que remarcaban cuerpos esculturales y sólo vedaban algo del pubis, mientras dejaban descubierto el trasero.

Al principio de la presente década fue común que en playas como Cancún, Los Cabos o Cozumel se sustituyera la parte superior del bikini por pintura. Los pechos desnudos se coloreaban con flores o con algún tipo de estampado. La fórmula fue simple y se fue tan rápido como llegó. Impedía un asoleado perfecto, era atrevido pero a la vez esa capa de pintura vegetal resguardaba. En fin, que ese tipo de atuendo se desbordó de inmediato y quedó como un referente perdido.

En cambio, los pechos han sido los reyes de los últimos años. Algunos recordarán la imagen de un diseño de Yves Saint-Laurent publicada en la revista *Life* de diciembre de 1968: la joven tiene un traje que en la parte inferior se cubre con plumas oscuras, mientras que la superior tiene una blusa transparente que deja ver los pechos, en ese caso minúsculos. La inclusión de semejante imagen tuvo el sello del escándalo. La revista podía publicar fotos de guerras, incluida la de Vietnam, pero era obsceno que presentara ese modelo de “grosería lamentable”.

Por último, la invención de la bragueta se considera indispensable en la historia de la civilización. Claude Salvy establece en *El mundo de la moda* (Taber, 1970)

que “los calzones conocieron en Francia verdaderas mejoras durante el reinado de Enrique II. Mejor cortados ya, se les añadió una pieza independiente por delante, la bragueta. La moda masculina dio un salto en el siglo XVI en el capítulo de los calzones, uno de los más pródigos en nuestra historia del vestir. Durante más de tres siglos, intentando lograr los calzones más cómodos, el europeo creó más de cuarenta tipos de ellos”. Debe aclararse que esta prenda fue de uso exclusivo de los hombres. Aunque hubo travestidas célebres al estilo de Juana de Arco, la monja Alférez o George Sand, en realidad el cambio se dio a mediados del XIX, cuando se consideró una medida higiénica que las damas portaran los famosos *bloomers*,



esos calzonazos inmensos que eran una prueba de lo antierótico. Los que ahora rebasen las cinco décadas recordarán que a finales de los años sesenta del siglo anterior se pusieron de moda esas horrendas prendas. Las estudiantes de secundaria los usaron con particular alegría: pasaban al pizarrón con faldas minúsculas y parte del juego consistía en que mostraran ese atuendo que era una especie de mamut de la lencería. Cargados de olanes y blanco hasta la indecencia, los *bloomers* redivivos eran el colmo de todo. Por suerte, ya en los noventa, se pondrían en uso las magníficas tangas, invento genial que debe agradecerse a la creatividad humana. Un trozo de tela unida por un puente de hilo dental que tiene una buena cantidad de sugerencias y que se exhibe sin el menor recato porque fue diseñado con ese fin, para complacer la mirada. Los atuendos mantienen vivo ese diálogo que es síntesis de reproches, frustraciones, fantasías y goces. ¿Qué nos deparará el futuro? ~